

ban sujetos á los mogoles, y dieron muerte tambien á la embajada que con tal motivo les pidió satisfaccion. Despues fué tambien visitado el territorio cristiano por aquellos bárbaros poderosos. Sidon fué tomada y en parte destruida; Acre tembló al acercarse el terrible enemigo, procuró hacer capaces para la defensa las obras de fortificacion de la ciudad, y destruyó todos los edificios que habia á sus puertas. El resultado principal de la desunion política de los cristianos fué, que, de cualquiera manera que acabase la lucha entre mogoles y musulmanes, los Estados cruzados habian de habérselas siempre con enemigos muy excitados.

La decision no se dejó esperar mucho tiempo. Hulagu, poco tiempo despues de sus victorias en la Siria, recibió la noticia de que su hermano Mangu habia muerto. Inmediatamente se dirigió hácia el Nordeste por el interior de Asia, y dejó á su general Kethboga con una parte de su ejército que continuase la guerra contra el islamismo. Al fin se decidieron los musulmanes á oponerse valerosamente á los enemigos. El sultan Kotuz marchó á Siria con fuerzas notables del Egipto y con los príncipes que se habian refugiado en su país, encontró á los mogoles cerca de Ein-Dschalut, en la antigua Galilea, el 3 de setiembre de 1260, los venció en batalla sangrienta, dió muerte á Kethboga, se apoderó de sus hijos y obtuvo, en una palabra, la mas brillante victoria. Habiendo sufrido igual descalabro cerca de Hims, sobre el Orontes, otro ejército mogol que debía vengar la derrota de sus compatriotas, y habiendo muerto Hulagu algunos años despues sin haber podido vengarse de los musulmanes, como habia deseado siempre, desapareció de la Siria aquella inundacion de bárbaros, procedentes del Asia central poco tiempo hacia, y por esto se estableció mas firme que antes en aquel territorio la dominacion del islamismo.

EL SULTAN BIBARS

El sultan Kotuz no disfrutó por mucho tiempo los frutos de la victoria de Ein-Dschalut. Cuando quiso volver á Egipto en octubre de 1260, fué asesinado por el emir Bibars, cuyas manos ya se habian ensangrentado con la sangre del sultan Turanschah. Las tropas del difunto elevaron despues á Bibars al trono, y pronto obedecieron sus órdenes el Egipto y la Siria.

Era este un príncipe poderoso, que disfrutó desde entonces de la misma posicion que Saladino habia tenido un día, y no menos capaz que él, y estaba dispuesto á continuar la política de su gran predecesor en todos los puntos principales. Como esclavo turcomano de oscuro color habia sido alistado desde jóven en las filas de los mamelucos egipcios, y adquirido entre ellos en poco tiempo gran fama por su valor en las campañas. El islamismo le debia principalmente la victoria alcanzada sobre Luis IX; y aunque despues manejó por dos veces y por propia mano el puñal asesino contra los soberanos de Egipto, estos mismos crímenes aumentaron el respeto con que miraban los musulmanes al terrible guerrero. Como sultan no se mostró menos desleal y cruel con sus rivales ó enemigos, que antes como emir; pero en lo demás, cumplió con sus deberes de soberano, no solo con gran prudencia, sino tambien observando una conducta muy noble. Como buen mahometano observaba escrupulosamente los preceptos del Coran, vivia sóbriamente, obligó á sus tropas á la misma abstinencia y las animó al valor con incentivos religiosos. Justo para sus súbditos, cualquiera que fuera la raza ó religion á que pertenecieran, dió á las masas del pueblo seguridades de bienestar á pesar de su carácter severo; y no obstante mirar como objeto principal de su vida la continuacion, cual segundo Saladino, de la lucha

contra la dominacion de los cristianos en Oriente hasta su destruccion, fué buen político y prudente para no despreciar las relaciones útiles con algunas potencias europeas. Entró en buenas relaciones con el emperador Miguel Paleólogo tan pronto como hubo este tomado á Constantinopla; sostuvo estrecha amistad diplomática con el rey Manfredo de Sicilia, la cual ya habia existido mucho tiempo antes entre los príncipes de la casa de Suabia y los soberanos de Egipto, debida al comercio lucrativo de aquella comarca; el valiente rey de Aragon, Jaime, amigo de Manfredo, envió embajadores al Cairo, y hasta el enemigo y sucesor de los príncipes de Suabia, Carlos de Anjou, conoció lo ventajoso que le era conservar á orillas del Nilo la misma amistad que tan censurada habia sido á sus predecesores por la Iglesia romana.

Los cristianos se hallaban en la situacion mas lamentable en frente del prudente y poderoso sultan. En el Occidente habia completa aversion á todo nuevo sacrificio por la guerra santa, y los papas Alejandro IV (1254-1261), Urbano IV (1261-1264), y Clemente IV (1265-68), tuvieron en parte la culpa de que no se despertase entre los cristianos el entusiasmo de otros tiempos; pues se cuidaron sobre todo de procurar la completa destruccion de la «raza maldita», de los príncipes de Suabia y el destronamiento de Manfredo y de Conradino. Contra estos «enemigos de la Iglesia» se predicó la cruzada por nobles legados y oscuros monjes, y por la guerra contra ellos se concedió la misma indulgencia que por la expedicion á Siria. Las demás predicaciones de la cruz, que por cierto fueron en gran número, se dividieron en su accion, por ir dirigidas, ya contra los paganos de Rusia y Livonia, ya contra los mogoles del Este de Europa, ora contra los mahometanos españoles, ora contra los griegos para la restauracion del imperio latino. ¿Qué podia aprovechar en tales circunstancias el que los Papas dirigiesen en favor de Jerusalem cartas conmovedoras al rey Luis IX, á los príncipes franceses, á los reyes, duques y condes alemanes, á casi todos los grandes del orbe católico romano, y que impusieran á todos opresoras contribuciones para la cruzada? El piadoso rey Luis IX dió considerables sumas para la guerra contra Bibars, y prohibió á los suyos por algunos años los torneos y el despilfarro de sus recursos en inútil lujo mundano; aqui y allá tomó la cruz un gran señor; pero aquellas contribuciones de la Cruzada causaron en los grandes círculos la indignacion y la resistencia al pago, y en los setenta primeros años solo llegaron á Siria en peregrinacion un conde de Nevers y un pequeño número de caballeros franceses.

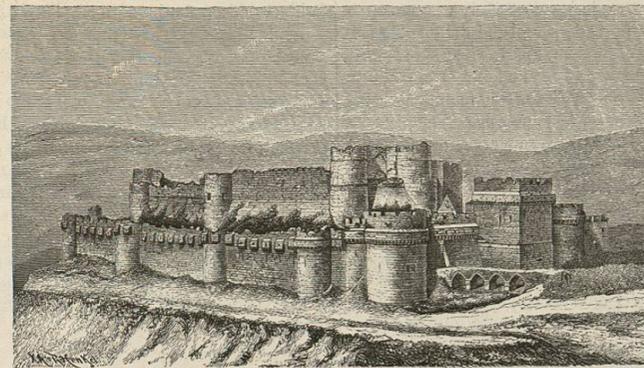
En el Oriente no estaban mejor las cosas. Los templarios y hospitalarios, los señores y caballeros de Acre, Tiro, Antioquía, Chipre y Armenia no pensaron siquiera en una organizacion compacta para la defensa de los intereses comunes. Si un grupo de ellos intentaba hacer un tratado de paz con los musulmanes, otro turbaba las negociaciones renovando la lucha. Cada uno aspiraba á obtener las ventajas mas inmediatas, sin reparar que enfrente de los pequeños territorios cristianos ya no habia por parte del islamismo la antigua division, sino mucha unidad, y á su cabeza un valiente guerrero. Con grande temeridad provocaron tambien los francos al ataque al sultan Bibars, no queriendo acceder á un cange de prisioneros que les habia propuesto. Nada podia haber á la sazón mas del gusto del sucesor de Saladino para llevar á término feliz la obra del gran eyubita.

En el año 1262 devastó Bibars el territorio del principado de Antioquía por medio de algunas divisiones de sus guerreros, y al año siguiente llevó él mismo sus tropas á Siria. Los señores de las ciudades cristianas mas meridionales le salieron á recibir con regalos, comprando de esta mane-

ra la indulgencia para sí y los suyos. Los caballeros de Acre, tambien procuraron arreglarse pacificamente con el sultan, pero fueron rechazados desdeñosamente y tuvieron que sostener un rudo ataque: al fin se contentó Bibars con haberles inspirado un tremendo susto, y regresó á Egipto despues de devastar horriblemente el territorio interior de Acre, Tiro y Trípoli hasta Antioquía, de modo que dió á entender que

intentaba con aquella expedicion mas bien hacer un reconocimiento de las posiciones enemigas, que dar un serio combate.

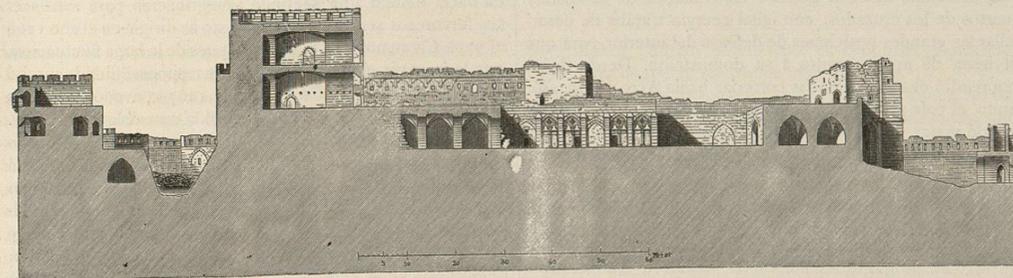
En el año 1264, segun ya hemos visto, influyó mal sobre la Siria cristiana la guerra de las ciudades italianas marítimas, al intentar los venecianos conquistar á Tiro. Los cruzados emprendieron, sin embargo, una atrevida expedicion



Ruinas del castillo de los hospitalarios en Krak

de saqueo al territorio de los musulmanes, é invitaron á los armenios y mogoles á un ataque contra el sultan. Pero Bibars rechazó al rey Hethum y á los mogoles sin gran trabajo, y se preparó despues á una guerra metódica contra los

francos. Acabados sus preparativos, es decir, construidas las muchas máquinas de sitio, se presentó delante de Cesárea en febrero de 1265. En las murallas de la ciudad pronto se abrieron brechas; pero la firme ciudadela exigió un cerco



Seccion de las ruinas del castillo de Krak

en toda regla. A los musulmanes les sirvieron mucho sus excelentes máquinas, el atrevimiento y la constancia de su sultan, que no temió asistir á lo mas rudo del combate, y observó impassible los efectos de los arietes. A los pocos dias estaba ya quebrantado el valor de los defensores; se entregó el castillo y fué destruido juntamente con la ciudad por el sultan, tan radicalmente, que no quedó piedra sobre piedra. Desde aquel lugar de escombros se dirigió despues á Arsuf. Ciudad y ciudadela fueron defendidas con valor por los hospitalarios; pero el sultan mandó llenar los fosos, animando á sus tropas á este trabajo peligroso, y llevando él mismo tierra y piedras. A los cuarenta dias de tan ruda faena (desde mediados de marzo hasta fines de abril) habian ya adelantado lo suficiente para poder emprender un ataque general. En este temieron los enemigos encontrar todavia resistencia; pero la fuerza de la guarnicion estaba ya muy debilitada: la ciudad apenas fué defendida, y la ciudadela se rindió pocos dias despues. Durante la lucha cayeron fuera de combate unos

100 hospitalarios; 1,000 caballeros y escuderos fueron hechos prisioneros, y los enemigos sacaron de la ciudad ricos tesoros. Arsuf fué destruida como lo habia sido Cesárea.

La marcha precipitada del sultan para aquellas empresas no dió lugar á que acudiesen á las armas los demás cristianos, y tan solo dos dias antes de la ruina de Arsuf llegó á Acre, desde Chipre, un pequeño ejército. Bibars tuvo gran cuidado de no atacar en seguida á los cristianos allí reunidos, y se volvió á Egipto, muy satisfecho por de pronto con los resultados obtenidos.

Pero los cristianos no debian disfrutar de tranquilidad por largo tiempo. Ya en la primavera de 1266 se dirigió de nuevo Bibars hácia el Norte. En lenta marcha cruzó la Palestina, mientras que algunos de sus emires se dirigieron á la Siria del Norte y devastaron las posesiones cristianas de sus alrededores con el fuego y la espada. Antes de dejar comprender á donde intentaba dirigirse el sultan con el grueso del ejército, cayó de repente sobre Safed, gran castillo de los

templarios, al Noroeste del lago Tiberiade, llave principal de todas las demás posesiones de los cristianos en el interior del país. Parecía inexpugnable el castillo; pero las tropas egipcias, con su entusiasta arrojo, lograron quitar á la guarnición la fe que tenía en poder hacer una larga resistencia. El único recurso que tenían los sitiados era hacer levantar pronto el sitio, pero los hospitalarios se abandonaron á la lucha de los alrededores de Arsuf, y tampoco tenían muchas ganas de socorrer á los templarios de Safed; y como otros señores cristianos habían buscado la amistad del terrible sultán, el castillo estaba perdido sin remedio. Los sitiados negociaron al fin con Bibars, y éste los obligó á la entrega de la fortaleza mediante la promesa de un tratamiento benévolo. Pero después que abrieron las puertas al enemigo, se apoderó éste de todos los cristianos, que eran unos 2,000 y los hizo matar á casi todos. Una expedición de venganza que emprendió después un ejército considerable de caballeros á las regiones de Tiberiade, compuesto de tropas de Chipre y de los restos del reino de Jerusalem, terminó con una sensible derrota á causa del desorden en la marcha.

La tentativa de ataque que proyectó el rey Hethum fué sofocada por una división del ejército egipcio enviada contra él casi desde el principio, y tan radicalmente, que Hethum tuvo que acomodarse á hacer cesiones de territorio. Los hospitalarios, que en los apuros de aquel año tuvieron que pedir un armisticio, le obtuvieron, pero únicamente con la condición de que no sacarian los tributos que hasta entonces habían arrancado á varios señores y pueblos de la Siria musulmana, entre otros, á los restos de los Asesinos que habitaban en las montañas del Líbano.

En el año 1267 se ocupó Bibars principalmente en la restauración y refuerzo de las obras de fortificación de Safed, pues así como deseaba destruir las ciudades de la costa y puertos de los cruzados, con igual energía trataba de desarrollar las grandes posiciones de defensa del interior, para que sirviesen de apoyo seguro á su dominación. Desde Safed emprendió el sultán algunas correrías hacia Acre y Tiro, asolando el país y haciendo muchos prisioneros, á los cuales mandó matar. Fué además triste este año para los cristianos por el ataque que dieron los genoveses contra la plaza de Acre.

En la primavera de 1268 se lanzó de nuevo Bibars á mayores hazañas. El 7 de marzo se presentó delante de Joppe, tomó la ciudad y arrasó hasta la ciudadela. Con la celeridad del rayo se dirigió desde allí contra Beaufort, gran castillo de los templarios, situado en el interior, detrás de Sidon. Su guarnición era escasa y los templarios de Acre prometieron socorros; pero la carta en que esto se anunciaba cayó en manos del sultán, el cual envió á Beaufort una carta con noticias opuestas, obligando así á los sitiadores á la entrega de la plaza. El orgulloso castillo fué luego transformado, como Safed, en plaza de armas de los musulmanes.

Después fué atacado Boemundo VI, al cual odiaba el sultán porque se había aliado con los mogoles. En primer lugar fué asolado el territorio de Trípoli, y después seriamente amenazada la ciudad de Antioquía. Los caballeros de esta plaza intentaron resistir en campo raso, pero fueron derrotados, y el 16 de mayo exigió el enemigo la rendición de la fortaleza. Las negociaciones que se entablaron con tal motivo se rompieron pronto, y el 19 de mayo emprendió el enemigo un asalto que dió por resultado subir en el mismo día á las murallas que dos siglos antes habían opuesto á los cruzados una resistencia insuperable. Horribles estragos causó la espada del vencedor entre los habitantes de la desgraciada ciudad del Orontes. La ciudadela se defendía todavía; pero colocada en situación desesperada, no le quedó otro

recurso que implorar la clemencia del sultán. Además de las mujeres y niños, salieron de ella 8,000 hombres hechos prisioneros, y después de haber terminado la lucha, fueron pasto de las llamas la magnífica ciudad y el alto castillo que se hallaba entre peñascos (1). La Siria del Norte quedó así perdida para siempre para los cristianos, pues los francos abandonaron espontáneamente las pocas plazas que habían ocupado hasta entonces. La misma suerte desgraciada que había cabido á Antioquía parecía que amenazaba también á Trípoli. Bibars, por lo menos, así lo anunció al príncipe Boemundo descaradamente y con palabras de mofa; y cuando este pidió humildemente la paz, le fué concedida, teniendo él la osadía de entrar en Trípoli como su propio mensajero, para estudiar la posición del lugar. Los demás cristianos orientales mostraron ante tales golpes de fortuna, los unos una insolencia desmedida, los otros miserables sentimientos de esclavo, inclinados á la cobardía y á la traición, de tal manera, que Bibars pudo contestar al rey Carlos de Sicilia, que le había implorado clemencia para sus compañeros de fe, que no dependía de él impedir la ruina de los francos, porque ellos mismos trabajaban por su perdición, y el mas pequeño acostumbraba á destruir lo que el mayor había edificado.

SEGUNDA CRUZADA DEL REY LUIS IX

Las calamidades, siempre crecientes, de Tierra Santa, las súplicas de socorro de los francos sirios, y los llamamientos de los Papas, causaron, al fin, otra vez, un gran movimiento del cristianismo contra el islamismo. Al frente de él se hallaba San Luis, que desde su desgraciada cruzada siempre había estado pensando en Jerusalem, y tenía proyectada hacia tiempo una segunda peregrinación para satisfacer sus fervorosos sentimientos. Por esto se dirigió en el año 1266 al papa Clemente IV, el cual, después de la larga fluctuación, que le imponía el sentimiento de su responsabilidad, aprobó al fin la idea del rey. En marzo de 1267 convocó Luis á los grandes de su reino en Paris, y tomó la cruz delante de ellos. Su hermano, el conde Alfonso de Poitiers, que había hecho el voto de peregrinación algún tiempo antes, se le adhirió inmediatamente. También los hijos de Luis, Felipe, Juan Tristan y Pedro, siguieron el ejemplo del padre. El rey Tibaldo de Navarra, los condes de Artois, Bretaña y Flandes, y varios señores franceses, se declararon también dispuestos á tomar parte en la expedición á Oriente. Sin embargo, quedó la empresa limitada, relativamente, á pocas personas, porque los caballeros de Luis, en su mayoría, no tenían muchas ganas de sacrificar otra vez sus bienes y vida por la guerra desesperada contra el islamismo. Hasta el valiente senescal Joinville se negó rotundamente á acompañar al rey, ya por no poder salir de su patria sin inferirse á sí mismo los mayores perjuicios, ya porque aquellos que favorecían la cruzada se hacían culpables de un pecado mortal, por ser ya Luis muy anciano y estar enfermizo, y por tanto, sin el vigor necesario para soportar las penalidades de la expedición. Por esto se necesitaron enérgicas y constantes influencias, ya de parte del rey, ya del Papa, para decidir al fin á los caballeros franceses á tomar parte en la cruzada, é inducir al clero al pago de las contribuciones indispensables para ella.

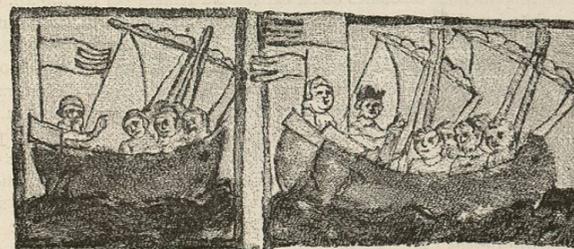
Fuera de Francia, se entusiasmó por la cruzada principalmente el rey Jaime de Aragón. Este príncipe llevó una larga vida de luchas sangrientas con los mahometanos españoles, y se sintió por lo tanto penetrado del deseo de convencer

(1) Entre todos parece que perecieron 17,000 hombres en la toma de Antioquía, y que 100,000 fueron llevados prisioneros.

también á Oriente del temple de su espada. Casi al mismo tiempo en que el rey Luis negociaba con el Papa, tomó él la cruz y se preparó desde entonces con gran celo para la guerra santa. En el verano de 1269 vió terminados sus preparativos, y el 4 de setiembre se embarcó en Barcelona con un brillante ejército; pero pocos días después fué sorprendido por una fuerte tempestad que causó grandes averías en una parte de su escuadra y obligó á muchos buques á refugiarse en un puerto francés. Pagó, pues, el rey Jaime su temeridad por haber emprendido el viaje contra el parecer de las personas mas influyentes de su corte. De todas partes le aconsejaron que renunciara á la empresa, que «el mismo Dios parecía no aprobar,» y de este modo terminó en breve la única cruzada considerable que se había formado en España. Solo algunos buques del rey Jaime navegaron hasta la Siria bajo la dirección de un hijo natural del rey llamado Fernan Sanchez, é indujeron á los cristianos por el refuerzo

que les llevaban á una correría por el interior del país de Acre, que dió por resultado un combate desgraciado para los cristianos á consecuencia de la mucha vigilancia que tenían los musulmanes. Después regresaron á su patria los aragoneses que se habían librado del combate.

El rey Luis siguió con afán sus armamentos y preparativos, y en lugar del rey Jaime logró atraer á varios compañeros para la peregrinación. Su hermano Carlos de Sicilia estaba dispuesto á tomar parte en la expedición con grandes fuerzas. Los príncipes ingleses Eduardo y Edmundo, hijos de Enrique III, tomaron la cruz con varios señores de su país, y mediante un empréstito francés se hallaron en estado de reunir un número considerable de guerreros. Entre las valientes frisiones se despertó también su antiguo entusiasmo por la lucha contra los «paganos», y millares de ellos hicieron el voto de peregrinación, contando con una poderosa escuadra para hacerse á la vela. Cuando las espe-



El rey Luis IX durante la navegación. Facsimile tomado del códice *De passagiis in Terram Sanctam*



El rey Felipe III de Francia; según su sello

ranzas de la empresa fueron aumentado de esta manera, fijó Luis para la primavera de 1270 el principio de la expedición. Antes de abandonar su país tuvo cuidado de prevenir toda enemistad contra él, contentó á aquellos que podían hacerle alguna reconvencción, y dispuso con largueza, cual si presintiese su cercano fin, la futura situación de la fortuna de sus hijos. Después recibió en Saint-Denis el oriflama, el cayado y morral de peregrino, y se encaminó desde allí á Aigüesmortes, punto de reunión de su ejército. El embarque de este último se retrasó algún tiempo, pues Luis se había dirigido á los venecianos y genoveses pidiéndoles una escuadra en que hacer la travesía; pero la ciudad de las lagunas, por miedo de turbar su comercio con Egipto, no se atrevió á acceder á la petición del rey, y solo Génova, que por fin había podido reunir un número considerable de barcos y una fuerte tripulación, la envió á buen tiempo á Aigüesmortes. En este intervalo estalló entre los peregrinos allí reunidos una lucha sangrienta, que á duras penas pudo calmar el rey Luis. A principios de julio comenzó por fin la navegación, y después de algunos días en que la tempestad y el empuje de las olas turbó la tranquilidad de los cruzados, tocaron en el puerto de Cagliari, en la costa de Cerdeña. Allí se reunieron en consejo de guerra, en el cual se decretó y proclamó que no irían directamente á Siria, ni siquiera á Egipto, sino solo por el pronto á Túnez. Esta extraña innovación se quiso justificar entonces, alegando que el emir de Túnez se sentía inclinado al cristianismo y seguramente se convertiría á él públicamente si se ejercía una presión suficiente sobre su ánimo; y aunque esta esperanza resultara al fin frustrada, sin embargo, convenía quitar al soberano de Egipto la ayuda que recibía de Túnez en guerreros, caballos y armas, y además la ciudad era tan inmensamente rica, que

los cristianos podrían obtener por su conquista grandes recursos para la guerra contra los mahometanos.

Pero la marcha del ejército cruzado contra Túnez, no fué en manera alguna motivada por las razones indicadas, sino por la influencia de circunstancias completamente distintas. Túnez había sido tributaria del reino de Sicilia mientras reinaron en esta isla los príncipes de Suabia, y desde que Carlos de Anjou fué llevado al gobierno de Palermo, el emir había suspendido los pagos del tributo y su país fué en aquellos tiempos el refugio de los partidarios de Suabia que desde allí amenazaban la posición de los franceses en la Italia meridional. El rey Carlos trabajó por esto sin duda, á fin de dirigir las fuerzas de los cruzados contra Túnez, y el piadoso Luis fué la sola víctima de los cálculos políticos egoístas, dejándose ganar por hábiles razonamientos.

En 15 de julio el rey de Francia con los peregrinos que se habían reunido en torno de su persona (eran, fuera de los genoveses, casi todos súbditos suyos), salió del puerto de Cagliari y llegó el 17 de julio á la rada de Túnez, después de una feliz navegación. El almirante Florent de Varennes desembarcó en el mismo día y ocupó importantes posiciones en la costa; pero Luis le hizo volver, porque creía que el almirante había avanzado demasiado sin fuerzas suficientes. Al día siguiente desembarcó todo el ejército en el estrecho borde de la costa que se extiende entre el mar y el lago de Túnez. Había cerca de allí tropas musulmanas, pero no se atrevieron á atacar. En los días 19 y 20 de julio comenzó el combate, en el cual salieron vencedores los cristianos con poco trabajo y avanzaron desde allí hasta el sitio de la antigua Cartago, donde hallaron suficiente espacio para colocar su campamento.

Túnez se encontraba en gran peligro por no haber estado